



## CAPÍTULO UNO



Alojarse en una suite de lujo en un rascacielos de Las Vegas tenía una desventaja. Y no era el precio. Últimamente, Neil Raines había tenido una buena racha, y se alegraba de despilfarrar sus ganancias en una habitación lujosa para la visita de su hijo.

El problema era que la ubicación de su habitación en el hotel los ponía muy cerca de varios huéspedes VIP que se hospedaban en el mismo piso. Cada vez que Tom Raines y su padre subían a su cuarto, tenían que pasar por una hilera de contratistas privados que custodiaban el corredor.

Hasta ahora, Tom se las había ingeniado para pasar sin inconvenientes.

Pero ese día le pareció que había algo diferente al aproximarse a los detectores de metal y los escáneres corporales que los esperaban.

Al verlos, Neil reaccionó como siempre.

—Este es el problema de la clase alta —dijo a Tom con enojo mientras se acercaban, con un brillo desafiante en los ojos y en voz bien alta, porque obviamente esperaba que uno de aquellos VIP lo oyera—. En última instancia, no son más que una sarta de cobardes que se esconden tras sus matones contratados.

Los contratistas de seguridad lo miraron con el ceño fruncido. Ellos sí lo habían oído.

—Podemos tomar una habitación en otra parte —propuso Tom en voz baja—. Yo también estoy harto de esto. Preferiría que nos alojáramos en un hotel más barato y que pusieras todo este dinero... no sé... ¿en una caja de ahorro?

—¿Una caja de ahorro? —bufó Neil—. Claro, voy a darles los billetes que tanto me costó ganar a unos banqueros ladrones para que aprueben otro “impuesto al depósito” para costear sus próximos rescates financieros. De ninguna manera —palmeó a Tom en la espalda—. Prefiero agasajar a mi muchacho al menos una vez.

Dicho eso, levantó los brazos para que lo cachearan, mirando con desprecio a los guardias que lo rodeaban. Tom se quedó un poco más atrás y metió la mano en el bolsillo en busca de la tarjeta de exención médica que los militares les habían dado a los Cadetes Intrasolares para cuando tuvieran que atravesar escáneres de seguridad, pues estos aparatos solían revelar los neuroprocesadores que tenían en el cráneo.

Mientras su padre rezongaba, la mente de Tom regresó a la última vez que lo había visitado. Habían tenido una pelea muy fea. Él no había entendido el miedo de Neil a Vengerov, y Neil se había negado a darle explicaciones. Más tarde Tom lo comprendió. Fue cuando Joseph Vengerov lo dejó fuera del edificio en la Antártida para que muriera congelado. Unos cuantos billones de dólares le daban a un hombre poder sobre la vida y la muerte, y Neil lo había entendido antes que él.

Tom no había sabido qué decirle a su padre para componer las cosas, pero resultó que no fue necesario decir nada. Neil estaba tan ansioso como él por fingir que nada había pasado. Quizás hasta estaba tratando de compensarlo, y por ello: la habitación de lujo, el casino elegante, y hasta se despertaba más temprano para que pudieran cenar algo antes de salir por la noche. Además, se alegró mucho al enterarse de la promoción de Tom a la Compañía Superior, y a su vez, estaba impaciente

por contarle sobre el fantasma en la máquina que había destruido los carteles aéreos.

–Supongo que en la Aguja no te habrás enterado mucho de eso, ¿eh? –comentó Neil, riendo entre dientes por encima de su bebida–. Ocurrió justo antes de que regresaras.

–Ah, no, no me enteré –respondió y tragó en seco, con fuerza.

–Fue increíble, Tommy. Hubo un destello brillante en el cielo; levanté la vista, y todos esos avisos estaban encendidos con este mensaje: “El fantasma en la máquina está vigilando a los que vigilan”. Y ya sabes a quién va dirigido eso: tiene que ser al Departamento de Seguridad de la Nación. Quizás a Obsidian Corp. Y enseguida explotaron los carteles. Todos, hasta el último –bebió triunfante un gran sorbo de su botella–. Tendrías que haber estado allí.

Al escucharlo, Tom no pudo contener un tenue atisbo de orgullo. Aparentemente, el fantasma había impresionado profundamente a su padre, lo cual era fantástico, porque él *era el fantasma en la máquina*. Él había destruido los carteles.

–Te digo que –Neil se inclinó hacia él– los narcos de la CIA deben de estar trepando por las paredes intentando encontrar a ese tipo. Ojalá que no lo consigan.

–Sí, brindo por eso –respondió Tom, levantando su gaseosa.

–Siempre los encuentran; ya vas a ver: ese fantasma va a aparecer con dos balazos en la nuca en un aparente suicidio.

A Tom se le borró un poco la sonrisa. Esa idea no era muy alentadora.

Y tampoco estaba tranquilo ahora, mientras se acercaba a los guardias de seguridad, tratando de distinguir cuál era el supervisor para mostrarle su tarjeta de exención y pasar rápidamente. Su formulario médico acreditaba que no podía pasar por los escáneres debido a que tenía implantado un estimulador nervioso en el cráneo como tratamiento para la epilepsia.

Cada vez que Tom usaba la tarjeta cerca de su padre, tenía que ser muy cuidadoso. Era necesario que Neil estuviera distraído para que no lo viera entregársela al supervisor de guardia, y para que este se la devolviera antes

de que Neil se diera vuelta y la viera. Por lo general, trataba de separarse antes para evitar llegar juntos a la habitación. Pero ese día, su padre lo había seguido de cerca, y no pudo evitarlo.

Si Neil llegaba a descubrir la exención médica, exigiría verla y se enteraría de que su hijo se había sometido a una operación de cerebro. La verdadera razón por la cual no podían escanearle el cerebro no era la epilepsia sino un neuroprocesador, pero la mera sugerencia de que lo hubieran operado de algo haría explotar a su padre.

Aquello no iba a terminar bien.

Ese día, Neil pasó por la seguridad en tiempo récord, y se dio vuelta para mirar justo en el momento en que Tom estaba por entregar su formulario. Vaciló. Y eso le costó. Una mano grande lo tomó por el hombro y lo impulsó a través del detector de metales.

Y el aparato zumbó.

Tom se puso tenso al ver que Neil se cruzaba de brazos con impaciencia. Una mujer de expresión aburrída sacó una vara detectora de metales.

—¿Se te olvidó sacar algo de los bolsillos? —le preguntó, y frunció el ceño cuando la vara emitió un pitido sobre la cabeza de Tom.

—Este... no —respondió. Y sintió un estremecimiento por dentro, profundamente consciente de que su padre estaba observando la escena.

La mujer empezó a pasarle los dedos entre el cabello.

—Mire, tengo una... —dijo en voz baja, al tiempo que llevaba la mano hacia el bolsillo y le daba la espalda a Neil, desesperado por sacar la tarjeta de exención médica.

—Las manos fuera de los bolsillos —ordenó el segundo guardia.

—No es un arma —susurró furioso—. Es...

—¿Qué pasa? —intervino Neil, acercándose a ellos con fuertes pasos—. ¿Por qué lo demoran?

Un tercer guardia se adelantó para contener a su padre, y Tom volvió a intentar sacar su tarjeta, pero entonces sus dedos cibernéticos dispararon el detector y la mujer le ordenó que levantara las manos.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

Hubo una conmoción cerca de las computadoras, y todos los guardias cayeron sobre Tom al mismo tiempo y lo rodearon con las armas desenfundadas.

—Analizamos su perfil biométrico. ¡Apártense de él! —gritó uno de los guardias.

La mujer se alejó rápidamente, y Tom miró a su alrededor con los ojos desorbitados, hasta que su cerebro entendió la situación. Como Neil les había estado causando problemas, habían investigado los perfiles biométricos de ambos y habían descubierto la identidad de Tom.

Y el hecho de que figuraba en la lista de terroristas conocidos.

Cerró los ojos. *Oh, por favor.*

—¡Manos arriba! —le gritó alguien.

Levantó las manos, mientras su mente le funcionaba a mil por hora tratando de pensar en qué debía hacer.

—Esto es ridículo —explotó Neil, y de pronto varios de los guardias armados volvieron su atención hacia él—. ¿Acaso mi hijo les parece una amenaza terrorista?

—Tiene que acompañarnos —ordenó el guardia principal.

—Papá, no causes un alboroto. Iré con ellos dos segundos, ¿de acuerdo? —le pidió, pensando que podría aclararlo todo si hablaba con uno de ellos en privado. Todo se resolvería con una llamada telefónica.

Si lograba ir a alguna parte sin su padre, podría explicarlo todo. Pero la mujer, que nuevamente estaba pasándole la vara detectora, lanzó un grito y dio un salto hacia atrás. Tom vio que uno de sus dedos cibernéticos se había desprendido cuando ella tiró de él sin querer.

Tom se paralizó. Y Neil se quedó helado, mirando el dedo.

—¿Qué es eso? ¿Algún tipo de arma? —indagaron los guardias, mientras desenfundaban sus armas y le apuntaban a la cara.

—¡Es un dedo! —exclamó él—. Mírenlo. Todos mis dedos son falsos, ¿ok? ¿Ven? —se quitó un par más para que los vieran—. Son mecánicos. Por eso se activó el detector de metales.

No hizo caso del modo en que Neil lo miraba boquiabierto, como si no lo conociera. Pues Tom no le había contado que había perdido los dedos por congelamiento. En teoría, los militares debían notificar a su padre de cualquier cirugía importante; y, probablemente, la amputación de los dedos entraba en esa categoría.

Era mejor que se enterara de eso y no de la *otra* parte mecánica de su cuerpo.

–Tommy... –susurró Neil.

–Vámonos. Les mostraré. Papá, espera aquí –le indicó con decisión.

El hombre estaba tan atónito que hizo automáticamente lo que le dijo; e incluso entonces, Tom habría podido salvar la situación si hubiera podido aprovechar la conmoción de Neil y alejarse con los guardias para darles una explicación en privado. Su padre se enojaría, pero los dedos amputados no eran lo mismo que una cirugía secreta del cerebro y un neuroprocesador.

Sin embargo la mujer, al revisarle el cabello, se lo había desordenado y había despegado un poco el parche de piel sintética que tenía en la nuca. Cuando Tom se volvió, ansioso por huir, Neil lo descubrió:

–¿Y eso qué es? –preguntó en tono imperioso. Se lanzó hacia adelante, lo aferró por los hombros y lo obligó a bajar la cabeza.

Tom se apartó de un tirón, pero su padre alcanzó a verlo de todos modos: el puerto de acceso neural.

El movimiento repentino alertó a los guardias, listos para un incidente terrorista. El aire se llenó de gritos y, de pronto, Tom se vio rodeado por todos los lados: lo encerraron y lo sujetaron contra el suelo. La acometida lo dejó sin aliento, y cuando su mejilla rozó el suelo, oyó que Neil gritaba furioso y otras voces frenéticas pedían refuerzos, mientras aquella estúpida tarjeta de exención médica aún le quemaba en el bolsillo.

–Déjenme levantarme. En serio, puedo explicarlo –les pidió, inmovilizado en el suelo, mientras le pasaban un escáner corporal móvil sobre la cabeza, en busca de explosivos implantados.

—Dios mío, miren esto —observó uno de los guardias. Tom sabía lo que estaban viendo: un tejido metálico enmarañado dentro del cráneo.

Mientras tanto, otro guardia había encontrado la tarjeta en su bolsillo y estaba leyéndoles a los otros:

—Sí, aquí dice que le hicieron una cirugía en el cerebro, pero ¿caso eso les parece un estimulador nervioso?

Tom miró con reticencia a Neil, a quien estaban sujetando en la alfombra a muy poca distancia. Su padre ya no se resistía. Tenía la mirada fija en la misma imagen del escáner, con la mandíbula caída y el rostro pálido, desprovisto de sangre.

Tom cerró los ojos y se puso a reír por lo bajo, preguntándose si las cosas se podían poner aún peor. Estaba en graves problemas. Ambos lo estaban: él y su padre.

Los agentes del gobierno que llegaron y pusieron a todos bajo custodia —a Tom, a Neil y también a los guardias de seguridad— no eran de la Aguja Pentagonal, sino del Departamento de Seguridad Nacional.

Tom relató la misma secuencia de acontecimientos a tres interrogadores distintos, y estuvo varios días solo, en una celda, esperando instrucciones oficiales. Pasó horas y horas caminando de un lado a otro, nervioso por lo que pasaría de allí en más, preocupado por las repercusiones que aquello tendría y por lo que Neil podía estar diciendo... Ya se había perdido los primeros días de clase de la Compañía Superior en la Aguja. Todos los demás cadetes habían regresado ya.

Habría dado cualquier cosa por estar con ellos.

Por fin, llegó el día en que se enteraría del destino que le esperaba a su padre y conocería al agente del DSN que supervisaba la situación.

Tenía los nervios a flor de piel cuando se reunió con una mujer delgada y altiva. Aparentaba cuarenta y tantos años; tenía cabello rubio claro recogido en un rodete apretado, pómulos marcados y sus labios formaban una fina línea escarlata.

—Señor Raines, me alegro de que esté aquí. Tengo algunas preguntas para usted —le dijo sin vueltas.

Su perfil apareció momentáneamente en el centro visual de Tom:

Nombre: Clasificado

Grado: Clasificado

Nivel de seguridad: Confidencial LANDLOCK-14

—Me llamo Irene Frayne. Tenemos que hablar sobre su padre. Tome asiento, por favor.

Él se sentó. Una luz lejana le dio en los ojos, y tuvo que parpadear para distinguir el rostro de la mujer.

Había algo claramente inquietante en el hecho de conocer en persona a un agente del DSN. Sabía que tenían legajos sobre cada habitante del país, y que muchos de los contratistas de Obsidian Corp. eran, a la vez, empleados de ese organismo... Incluso él había penetrado sin querer en uno de sus Centros de Fusión al establecer interfaz con los sistemas de Obsidian Corp., de manera que conocía bien el alcance de sus ojos y oídos encubiertos. Quizás hasta era posible que Frayne tuviera una lista de todos los sitios web bochornosos que él había visitado en su vida.

Con la impaciencia reflejada en su rostro ceñudo, Frayne le ofreció un dispositivo metálico que semejaba el pequeño pomo de una puerta.

—Quiero que inserte esto en el puerto de acceso a su tronco encefálico.

—¿Qué es? —le preguntó, con recelo.

—Yo haré las preguntas, señor Raines. Hágalo. Ahora.

Tom sintió un asomo de inquietud al pensar en establecer interfaz con un dispositivo desconocido, pero no tenía alternativa. Lo dio vuelta para ver el extremo por donde debía insertarlo, y luego se lo hundió en la nuca con un chasquido. Intentó recostarse en el asiento, pero ahora no podía apoyar la cabeza con comodidad. Se quedó sentado, incómodo, con la cabeza inclinada hacia adelante y los hombros tensos.



La mujer, mientras tanto, examinaba una tableta electrónica que sostenía en su mano prolijamente cuidada.

–Diga su nombre completo.

–Thomas Andrew Raines.

–¿Es cadete en la Aguja Pentagonal, señor Raines?

–Sí. Claro.

–¿Alguna vez mintió para salir de un problema?

La pregunta lo puso nervioso. ¿Cómo se suponía que debía responder a eso? ¿Acaso no lo hacía todo el mundo en algún momento?

–Un momento –vaciló–. ¿Se refiere a ahora?

La mirada de Frayne no se apartó de la pantalla y una leve sonrisa asomó a sus labios.

–Esa respuesta es suficiente para lo que nos interesa. Continuemos –dio unos golpecitos en la pantalla, y sus ojos pálidos comenzaron a moverse rápidamente de un lado a otro, concentrados sobre algo que veían allí. Luego volvió a mirarlo–. Tengo entendido que los neuroprocesadores permiten la memoria fotográfica. Si me parece que está omitiendo detalles, tendremos que verificar su relato con un censador. ¿Entiende?

Tom empalideció. Su frente y las palmas de sus manos se cubrieron de sudor. De repente, comprendió lo que estaba haciendo aquel dispositivo en su tronco encefálico: ella le había pedido dos verdades y luego le había planteado una pregunta destinada a ponerlo nervioso. Era un detector de mentiras. Quizás algo más complejo aún, dado que él tenía un neuroprocesador que podía acceder directamente a ciertas áreas de su cerebro. Deseó poder ver esa pantalla.

–Entiendo.

–Como ya se habrá dado cuenta –dejó la tableta y unió sus manos–, tenemos que hablar acerca de su padre.

–Escuche, él es...

–Muy obstinado en sus opiniones –lo interrumpió ella–. Nos vimos obligados, después de que usted lo admitió públicamente, a ponerlo al

tanto de su situación. Sabe sobre el neuroprocesador. De más está decir que no está nada contento. ¿Eso lo aflige a usted?

—Sí —respondió Tom con vehemencia, y notó que los ojos de la mujer se dirigían un instante a la pantalla para verificar sus palabras.

Por supuesto que lo afligía. Él no hubiera querido que Neil se enterara jamás. Sabía que su padre probablemente la había emprendido con una de sus diatribas contra el *establishment* y contra el gobierno al enterarse de que su hijo estaba en custodia del DSN, y cuando le contaron la historia del neuroprocesador, seguramente habría desatado toda su furia sobre ellos.

—Mire, mi padre dice muchas cosas, pero nunca termina llevando a cabo sus amenazas. No hace nada violento, si eso es lo que le preocupa.

—Me sorprende que haya permitido a su hijo ser un combatiente intrasolar —los labios de Frayne eran una línea escarlata recta—. Aunque, por otra parte, usted no ha sido precisamente el típico combatiente, ¿no es cierto, señor Raines? Tenemos en nuestra organización a un excadete. Creo que usted lo conoce: Nigel...

—Nigel Harrison —la interrumpió Tom, contento de tener la oportunidad de discutir cualquier impresión que ella se hubiera formado de él—. Sí, el tipo que quiso volar la Aguja Pentagonal. Espero que no me estén comparando con Nigel, porque fui yo el bueno de la película. Fui yo quien salvó la situación cuando trató de atacar a su propia gente. Fíjese en su detector de mentiras y lo verá.

Frayne lo miró súbitamente, y él se arrepintió de haber delatado el hecho de que se había dado cuenta de que estaba conectado a un detector de mentiras. Lo observó durante un tenso momento, y luego dijo:

—Conocemos perfectamente el pasado del señor Harrison, y le aseguro que ahora su conducta está muy bien regulada.

Tom sintió un cosquilleo que le subía por la nuca. Sí, sabía de qué manera habían “regulado” al chico. Seguramente lo habían reprogramado según sus necesidades. Lo único que querían era una persona con una

computadora en la cabeza, no a Nigel en sí. Una vez Dalton Prestwick le había pronosticado un futuro semejante, cuando parecía que Tom no tendría posibilidades de ingresar en la CamCo. Un neuroprocesador podía ser algo terrible si lo programaba alguien indebido.

Frayne se cruzó de brazos y se recostó en su silla, con el mentón levantado.

—El señor Harrison es una fuente valiosa de datos acerca del funcionamiento de la Aguja Pentagonal. Antes, nuestro Departamento contaba con muy poca información sobre el interior de la torre. Dada la reciente desaparición de Heather Akron, una cadete que se suponía que iba a incorporarse a nuestra organización, esperamos que eso cambie.

*¿A ella también la habrían regulado muy bien?*, se preguntó con cinismo. Quizás había sido en parte por eso que la chica se había negado a desistir de su empeño en destruir a Tom o al teniente Blackburn. Sabía lo que le esperaba. Pensaba que no tenía nada que perder.

Aun así, Tom no pudo evitar sentir un escalofrío al recordar a Heather, a quien Blackburn había asesinado ante sus ojos.

—El Departamento de Defensa me otorgó pleno acceso a sus archivos, señor Raines —comentó Frayne, examinando su tableta—. Veo que esta es su segunda transgresión importante a la seguridad. La primera fue cuando tuvo reuniones no autorizadas con la combatiente ruso-china Medusa.

—Eso lo admito, pero el Comité de Defensa me exoneró. Ya pasó.

—Además, cometió fraude con tarjetas de crédito contra un ejecutivo de la Coalición por valor de casi cincuenta mil dólares.

Tom se sobresaltó, extrañado de que se hubieran enterado de eso. Cuando eran novatos, él y Vik habían hecho gastos desmesurados con la tarjeta de crédito de Dalton Prestwick. Había sido una venganza; al fin y al cabo, el hombre había reprogramado su neuroprocesador.

—Eso no fue fraude. La tarjeta estaba a mi nombre. Además... —buscó una buena excusa, hasta que la encontró—, solo gasté ese dinero para colaborar con la economía.

La mujer lo miró de reojo con una expresión en la que se advertía que lo creía un imbécil.

Al verla, Tom cedió:

—Mire, se acuesta con mi madre.

—Su madre —consultó la pantalla—. Ah, Delilah Nyland, la bailarina.

—¿Bailarina? —repetió. Nunca había oído mucho de ella; solo que se había escapado de su casa a los catorce años, y que su padre la había conocido en Las Vegas. Nunca se habían casado, ni siquiera después de nacer él—. Un momento, ¿qué clase de bailarina?

Entonces recordó un puñado de veces en que, cuando era niño, Neil le había entregado despreocupadamente unos billetes y le había dicho que fuera a entretenerse a la sala de RV. Se acordaba de la clase de mujeres que solía ver del brazo de su padre.

De pronto, ya no quiso saber nada más sobre ella.

—En realidad, no me diga nada. Olvídese de que se lo pregunté.

—Parece que tuvo una niñez muy inestable —dijo, y lo observó—. Supongo que eso, sumado a lo que parece ser una predisposición familiar a las conductas antisociales, explica un poco sus dificultades para adaptarse a la Aguja Pentagonal.

—No soy un psicópata.

—Sin embargo, tiene el mérito de ser una de las personas más jóvenes en la lista de terroristas de la Interpol. No son muchos los que a los dieciséis años son considerados una amenaza internacional.

—Estoy clasificado como terrorista de *bajo nivel*, ni siquiera peligroso. Hubo una especie de broma en unos baños de un club, y la gente de allí se lo tomó demasiado a pecho, y uno de ellos se habrá valido de algunas influencias para defenestrarme. No irá a arrestarme, ¿verdad?

—Sé muy bien que el término “terrorista” se ha llegado a usar en forma muy... digamos, amplia, de manera que no, señor Raines, no tengo intenciones de arrestarlo. Pero no puedo evitar notar que los problemas parecen perseguirlo. Este incidente reciente es uno de los tantos —se pasó un dedo

largo y fino por el mentón, sin quitarle la vista de encima—. ¿Sabe a qué se arriesga hoy su padre? A la reclusión por tiempo indefinido.

—Él no es peligroso, es...

—Tampoco es una persona prudente —sus ojos se entornaron—. En el momento en que supo sobre el neuroprocesador que usted tiene, pasó a ser custodio de información delicada, altamente clasificada. Ya hemos llegado a un entendimiento con los otros civiles no autorizados que tomaron conocimiento de su implante neural, pero las cosas son muy distintas con alguien como su padre, que tiene un historial de conducta antisocial. No se puede confiar en él.

Tom ya conocía sus antecedentes penales: resistencia al arresto, alteración del orden público, agresión contra oficiales de la ley, embriaguez y conducta inapropiada... Sabía que probablemente Neil ya se había condenado vociferando sus opiniones políticas desde que lo habían detenido. Él odiaba a la gente como Frayne, a quienes consideraba “ejecutores de la cleptocracia corporativa”.

—Bien. Supongamos que mi padre se lo cuenta a todo el mundo —abrió las manos—. ¿Quién le va a creer? Es un borracho desempleado que no tuvo dinero para terminar la secundaria. Solo digan que es un teórico de la conspiración, y nadie prestará atención a una sola palabra que salga de su boca.

—Pero algunos podrían creerle. Estamos en un punto delicado en el desarrollo de la tecnología neural. No podemos correr el riesgo de que su padre adquiera influencia si habla en público sobre los neuroprocesadores. ¿Conoce la Ley de Autorización de la Defensa Nacional, señor Raines?

Tom se hundió en su asiento y se pasó los dedos por entre el cabello, pensando qué hacer.

—Creo que sí. Tiene que ver con los terroristas, ¿no?

—La redacción de la Ley es bastante amplia, a propósito, para otorgarle a alguien en mi situación mayores facultades para aplicarla. Yo podría fácilmente definir a su padre (y voy a citar directamente de la Ley) como alguien que “integró o prestó fuerte apoyo a... fuerzas que participan en

acciones hostiles contra los Estados Unidos o sus socios de la Coalición”. Consta que agitó públicamente contra el gobierno, contra nuestras compañías asociadas de la Coalición. Ya tengo motivos para detenerlo como terrorista local. No tendrá derecho a un abogado ni a un juicio por jurado. Simplemente, desaparecerá, y haré esto de modo legal... a menos que usted pueda, de alguna manera, asegurarme que se lo puede contener.

Él se incorporó en la silla. Su corazón latía a toda prisa, y se aferró a aquella única brizna de esperanza que la mujer le ofrecía.

—Déjeme hablar con mi padre. Puedo encontrar una manera de que guarde silencio.

La mujer ladeó la cabeza.

—No estoy segura de él, y mucho menos de usted, señor Raines, pero voy a darle una oportunidad. Una sola —se puso de pie y lo observó de un modo inquietante, sin parpadear—. Por supuesto, demuéstreme lo que puede hacer.